

EDUCACIÓN CATÓLICA

Mirando Hacia el Futuro con Confianza

Carta pastoral

dirigida al clero, religiosos y laicos de la
Arquidiócesis de Washington



Por Su Excelencia Reverendísima
Monseñor Donald W. Wuerl, S.T.D.
Arzobispo de Washington--

Gracia y paz a ustedes en Dios nuestro Señor

INTRODUCCIÓN

CRISTO ES NUESTRO MAESTRO. Él ofrece a su pueblo las palabras de verdad y vida eterna. “Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad” (Jn 18,37). Hoy su misión educativa sigue viva en aquellos a quienes envía.

La Arquidiócesis de Washington tiene una historia larga y llena de fe en la difusión de la buena nueva, el Evangelio. La educación católica es parte integral de ese ministerio, particularmente en lo que respecta a los programas parroquiales de educación religiosa y a nuestras escuelas católicas. A través de estos importantes esfuerzos educativos, la Iglesia sigue enviando a quienes proclaman la palabra de Dios y preparan a nuestros jóvenes para vivirla. En el corazón de nuestro mensaje está la palabra de Dios. Ella constituye el contenido de la proclamación de la Iglesia.

Es con este nivel de conciencia que dirigimos la atención a nuestro ministerio educativo. Al iniciar este nuevo año académico pastoral y retornar al cronograma completo de actividades en las parroquias, los invito a mirar hacia el futuro mientras nuestra Iglesia local aborda el objetivo de largo alcance de fortalecer y apoyar la educación católica a través de la arquidiócesis, tanto en nuestras escuelas como en nuestros otros programas parroquiales de catequesis.

En esta carta pastoral me gustaría reflexionar sobre la importancia de nuestro ministerio educativo, sobre la necesidad de realizar una evaluación y planificación integral de la educación católica en toda la arquidiócesis y de algunos de los elementos principales de un esfuerzo de tal magnitud. Esta planificación, que se desarrollará a través de un proceso de consulta con una gran variedad de personas, se centrará sobre los pasos prácticos que debemos seguir para revisar juntos cuán bien estamos afrontando el desafío de ser los testigos de Cristo en nuestro mundo. Es regocijándonos en nuestra fortaleza, identificando las áreas que necesitan mejora y trabajando juntos que la educación católica florecerá para las generaciones venideras, llevándoles el Evangelio de Cristo y ayudándolas a crecer en su encuentro con el Señor vivo.



Enséñenles a cumplir todo lo que les he mandado



“Enséñenles a cumplir todo lo que les he mandado.”

—Mateo 28:20—



Cuando Jesús se preparó para asignar a sus apóstoles y discípulos una parte de la misión confiada a él por su Padre, les encomendó enseñar en su nombre, y los facultó para ello. Al concluir la narración de la vida de Jesús, el Evangelio describe una imagen de Jesús enviando a sus seguidores a compartir con otros la buena nueva: “Jesús se acercó entonces a ellos y les dijo: ‘Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a cumplir todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo’” (Mateo 28,18-20).

Se nos pide que imaginemos estar entre esos discípulos que fueron llamados a compartir la buena nueva. Nosotros somos parte de ese mismo cuerpo de discípulos. Cristo continúa estando con nosotros en su nuevo cuerpo -su Iglesia- que permanece vivo en el don de su Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad. Pueden

separarnos siglos del grupo inicial de seguidores que fueron enviados como testigos, pero no hay nada que nos separe de Cristo y su desafío para nosotros. A cada uno de nosotros se nos pide ubicarnos en el centro de nuestra familia, nuestra parroquia y nuestra comunidad, conscientes de nuestra fe, orgullosos de ella y como parte del esfuerzo de compartir este don maravilloso. Nosotros somos testigos. Damos testimonio de la Verdad.

Las palabras “seréis mis testigos” hacen eco en las páginas de los Hechos de los Apóstoles (Hechos 1,8) donde encontramos un relato sobre los primeros tiempos de la Iglesia. En continuidad con aquellos días, la Iglesia ha transmitido la palabra -la revelación- que nos presenta a Jesús de Nazaret, hijo de María e hijo de Dios; Jesús, que es el Logos -la Palabra- puso su morada entre nosotros. Nuestra fe y el llamado a ser testigos son el incentivo para nuestro trabajo de compartir la buena nueva en toda esta arquidiócesis.

Este año, nuestros esfuerzos parecen mucho más oportunos puesto que en el

pasado mes de abril el Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, vino a Washington para alentarnos en nuestra misión y particularmente para resaltar el rol de la evangelización, la catequesis y la educación. Al comienzo de su homilía en Nationals Park, nuestro Santo Padre nos dijo que venía a fortalecernos en la fe transmitida por los apóstoles. El Papa Benedicto manifestó: “En el ejercicio de mi ministerio de Sucesor de Pedro, he venido a América para confirmaros, queridos hermanos y hermanas, en la fe de los Apóstoles (cf. Lc 22,32). He venido para proclamar de nuevo, como lo hizo San Pedro el día de Pentecostés, que Jesucristo es Señor y Mesías”. En su visita, el Papa nos confirmó en nuestra fe y nos presentó el desafío de compartirla y vivirla en toda su plenitud.

Es en ese contexto que echamos una mirada crítica sobre nuestra arquidiócesis para ver en qué punto nos encontramos y dónde queremos estar en el contexto general de la misión de la Iglesia de traer Cristo al mundo y hablarle a nuestro prójimo sobre Jesús y sus respuestas a las grandes preguntas de la vida. Reconocemos que es en el encuentro con Jesucristo que encontramos nuestra identidad como sus seguidores y las respuestas a las preguntas que son parte de la condición humana, como por ejemplo: ¿cómo viviré?, ¿cuáles son los valores que guiarán mi vida?, ¿cuál es el propósito de la vida? Este es el mensaje permanente

de Cristo desde hace más de 2000 años y por ende, como católicos, nuestro mensaje.

En su carta encíclica *Deus caritas est (Dios es Amor)*, el Papa Benedicto XVI se refirió a tres elementos esenciales de la vida de la Iglesia: “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: proclamación de la palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leitourgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*)” (25).

En nuestros esfuerzos por lograr una educación religiosa estructurada y organizada, hoy se oye la voz de Cristo y se anuncia su Evangelio. Quizás sea por esta razón que, durante su visita a los Estados Unidos, nuestro Santo Padre se dirigiera a los educadores católicos en la Universidad Católica de América y les hablara tan alentadoramente sobre el ministerio de la educación. En esa oportunidad, él manifestó: “El deber educativo es parte integrante de la misión que la Iglesia tiene de proclamar la Buena Noticia. En primer lugar, y sobre todo, cada institución educativa católica es un lugar para encontrar al Dios vivo, el cual revela en Jesucristo la fuerza transformadora de su amor y su verdad”. (cf. *Spe salvi*, 4)



Vivimos en una sociedad crecientemente materialista y secular, que a menudo no se corresponde con nuestros mensajes y valores cristianos.



Las múltiples expresiones de la educación católica



“Doy las gracias a mis hermanos obispos, a los sacerdotes y diáconos, a los religiosos y religiosas, a los padres, maestros y catequistas... (por) vuestra fidelidad personal al transmitir el tesoro de nuestra fe católica

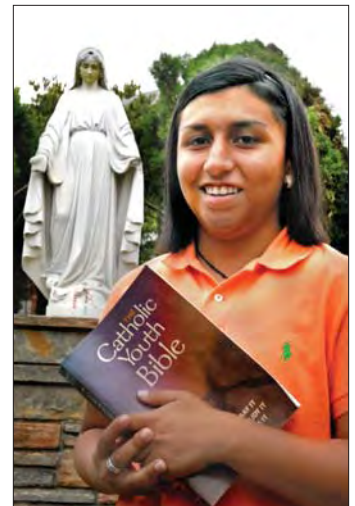
—Papa Benedicto XVI, Homilía de la Misa en Washington Nationals Park, 2008—

La educación católica en todas sus formas tiene como tarea principal comunicar sobre la persona y el mensaje de Cristo a adultos, jóvenes y niños. Esto se despliega en una amplia gama de esfuerzos, pero el objetivo es siempre el mismo. A través de nuestras escuelas católicas primarias y secundarias, los programas de educación religiosa en parroquias, la formación de adultos en la fe, el Rito para la Iniciación Cristiana de Adultos, los programas de formación sacramental y las múltiples formas del ministerio de jóvenes, la pastoral universitaria y los programas de extensión evangelizadora, los hilos del encuentro con Cristo y su mensaje de vida se entretajan en la trama de nuestra experiencia humana.

Somos conscientes de que la educación católica es responsabilidad de toda la Iglesia. En su discurso de junio de 2007 en la Asamblea de la Diócesis de Roma, el Papa Benedicto XVI subrayó que “toda la comunidad cristiana, en sus múltiples articulaciones y componentes, está llamada

a cumplir la gran tarea de llevar a las nuevas generaciones al encuentro con Cristo”. Nosotros ponemos nuestra mirada sobre el futuro de la educación católica en toda nuestra arquidiócesis con la esperanza de renovar en los corazones de todos los miembros de esta Iglesia un sentido de pertenencia de todas las expresiones de educación, particularmente nuestras escuelas.

A medida que comenzamos con esta iniciativa, reconocemos que existen actividades educativas exitosas llevadas a cabo por un clero dedicado y lleno de fe, religiosos y laicos en toda la arquidiócesis. El objetivo de este proceso enfocado en la educación católica es simplemente renovar y fortalecer nuestros esfuerzos para transmitir la fe. El primer paso para lograr esta misión es evaluar dónde nos encontramos hoy para poder determinar cuán eficaces son nuestros esfuerzos. Esto se divide en dos áreas primordiales: los programas de educación religiosa a nivel parroquial y las escuelas católicas. Estos programas respaldan lo que las familias hacen en sus



La tarea que tenemos hoy por delante es evaluar cuán eficazmente estamos transmitiendo la fe a nuestros jóvenes y asistiendo a los padres en su rol.

propios hogares para vivir la palabra de Dios y transmitir la fe a sus hijos.

Emprendemos esta obra teniendo conciencia de la época singular que nos toca vivir como así también de las complejidades de la sociedad de hoy. Tal como nuestro Santo Padre lo destacó en su discurso a los obispos de los Estados Unidos en el pasado mes de abril, nuestro mundo es materialista y secular, lo cual presenta sus propios desafíos. En una cultura no muy propensa a respaldar la fe, una cultura en la que muy a menudo se toman decisiones cada vez más complejas sin considerar los principios morales importantes, nuestros esfuerzos de educación religiosa toman una nueva y crucial relevancia.

Los obispos de los Estados Unidos manifestaron preocupaciones similares en su declaración del 2000, “Vivimos en una sociedad crecientemente materialista y secular, que a menudo no se corresponde con nuestros mensajes y valores cristianos. El énfasis en los derechos individuales ha erosionado el concepto del bien común y nuestra capacidad para convocar a las personas a aceptar la enseñanza revelada que no puede ser cambiada por un proceso democrático”. La declaración continúa haciendo referencia a la “desintegración de la comunidad y las estructuras sociales que alguna vez respaldaron la fe religiosa y alentaron la vida familiar” y a la forma en que estos sistemas de respaldo han sido reemplazados por una cultura manejada por los medios de comunicación y la tecnología que hace que la catequesis resulte específicamente difícil. “La instrucción religiosa y la catequesis compiten con los entretenimientos y los deportes por el tiempo de las vidas activas de las personas” (*En respaldo apoyo al Ministerio de Catequesis, junio de 2000*).

Nuestros niños de hoy, a medida que crecen en un mundo cada vez más complejo, necesitan bases firmes en cuanto al conocimiento de la fe auténtica que profesa la Iglesia de modo que puedan prepararse para vivir una vida plena, feliz y santa en comunión con Cristo.

El Centro de Investigación Aplicada en el Apostolado (Center for Applied Research in the Apostolate, o CARA) determinó a



través de un estudio realizado en febrero de 2008 que solamente 37 por ciento de las personas encuestadas manifestaron que “vivir mi vida siguiendo la doctrina de la Iglesia es 'muy' importante en razón del significado que tiene para mí ser católico” (*Los sacramentos hoy: creencia y práctica entre católicos estadounidenses, Resumen Ejecutivo*). Esto sugiere que si bien los católicos de los Estados Unidos valoran la religión, falta aún mucho por conocer sobre el rol y el impacto de la doctrina de la Iglesia en sus vidas.

En ese mismo mes, el Foro Pew sobre Religión y Vida Pública dio a conocer los resultados de una encuesta sobre religión en los Estados Unidos de la que surge que 92 por ciento de los estadounidenses creen en Dios, pero que muchos menos ven la necesidad de buscar una afiliación religiosa específica y seguir su doctrina. Es a la luz de estos desafíos culturales que procuramos alentar un compromiso más rico con la fe en aquellas personas que fueron confiadas a nuestro cuidado educativo.

También enfrentamos realidades financieras y económicas:

- ¿Cómo nos aseguramos de ofrecer escuelas académicamente excelentes y de costo accesible?
- ¿Cómo podemos ayudar mejor a las familias que están haciendo muchos sacrificios para brindar educación a sus hijos?

• ¿Cómo hacemos para poder ofrecer una remuneración adecuada a nuestros valiosos maestros y administradores?

La tarea que tenemos hoy por delante es evaluar cuán eficazmente estamos transmitiendo la fe a nuestros jóvenes y asistiendo a los padres en su rol. Primero será necesario informarnos sobre lo que realmente está sucediendo para que juntos podamos evaluar qué es lo que mejor funciona, cómo se podrían compartir estas experiencias y cuáles son los aspectos que requieren mayor atención.

Durante este año observaremos todas las formas en que se presenta la doctrina de la Iglesia. Esta evaluación nos permitirá brindar apoyo y supervisión para que la fe sea presentada de manera adecuada e integral. También nos concentraremos en nuestras escuelas católicas y trabajaremos en forma conjunta hacia una manera más equitativa de sostenerlas en toda la arquidiócesis.

Dos iniciativas centrales están en marcha para concretar nuestros objetivos:

- Un proceso de evaluación catequética a través de visitas parroquiales, y
- El desarrollo de normas y estrategias para nuestras escuelas a nivel de la arquidiócesis

La decisión de iniciar el proceso de evaluación en toda la arquidiócesis surge del Encuentro Arquidiocesano de Catequesis que tuvo lugar en octubre de 2006 y al que asistieron aproximadamente más de 2.300 personas del ámbito de la educación religiosa, y del Encuentro Arquidiocesano sobre Educación Católica que tuvo lugar en octubre de 2007, en el que participaron personas de toda la arquidiócesis que trabajan activamente en apoyo de nuestras escuelas católicas. Ambos encuentros derivaron en una convocatoria para realizar una revisión más sistemática de todos nuestros esfuerzos de educación religiosa en los programas parroquiales y escolares con el fin de respaldarlos y fortalecerlos.



Educación religiosa en las parroquias

La educación en la fe comienza en la familia. Los padres son los primeros educadores de sus hijos.



“Nos regocijamos y expresamos nuestra más profunda gratitud a los miles de personas que sirven en la Iglesia como catequistas”

—Obispos Católicos de los Estados Unidos, En Respaldo al Ministerio de Catequesis, junio de 2000—

El Encuentro Arquidiocesano de Catequesis de octubre 2006 tuvo como objetivo agradecer y alentar a los cientos y cientos de catequistas, voluntarios y de carrera, de toda la arquidiócesis que día tras día dedican tanto tiempo, energía y talento a inculcar la fe y alentar su crecimiento. Una y otra vez citamos las palabras de los obispos de los Estados Unidos, “Debido a que la eficacia de la catequesis depende en gran medida del esfuerzo humano -de la preparación, planificación, desempeño y evaluación profesional; de las cualidades y compromisos personales; y especialmente de la fe, la esperanza y el amor de los catequistas- es que celebramos y expresamos nuestra más profunda gratitud por los miles de personas que sirven a la Iglesia como catequistas. A través de su esfuerzo personal en la tarea de evangelización, ellos

siembran semillas de fe en personas de todas las edades a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos. Somos conscientes de los esfuerzos de los catequistas para ser fieles instrumentos de la Palabra de Dios y los sacrificios personales que hacen para enseñar en nombre de Cristo y su Iglesia; damos gracias a Dios por sus esfuerzos” (*En Respaldo al Ministerio de Catequesis, junio de 2000*).

Para la parroquia, los catequistas son una bendición por muchas razones. Ellos encarnan un aspecto central de la responsabilidad de la Iglesia: el de enseñar la fe. Así lo hacen, algunas veces con la asistencia de un líder de catequesis, de una manera ordenada y sistemática. También actúan bajo la dirección del párroco, lo cual garantiza la conexión con la misión apostólica de la Iglesia. El pasado año académico, más de 2.400 catequistas par-

roquiales dedicaron horas y horas a transmitir la fe a más de 24.200 jóvenes.

Luego del Encuentro de Catequesis y de haber realizado otras muchas consultas, se tomó la decisión de comenzar una revisión y evaluación de los programas de educación religiosa en las parroquias y las escuelas de toda la arquidiócesis. El propósito de dicha evaluación es tomar conciencia de la información sobre los buenos resultados obtenidos y compartirla, al tiempo de determinar en qué aspectos podría ser necesario brindar asistencia para fortalecer la enseñanza de la fe.

Dicha revisión y evaluación parece más que oportuna a la luz del hecho ampliamente reconocido de que nos toca ocuparnos de más de una generación de católicos, entre los cuales algunos no tienen una comprensión adecuada de la fe. Es por eso que muchas veces no están lo suficientemente capacitados para ofrecerles fundamentos de fe a sus hijos. Recurren a la Iglesia en busca de ayuda.

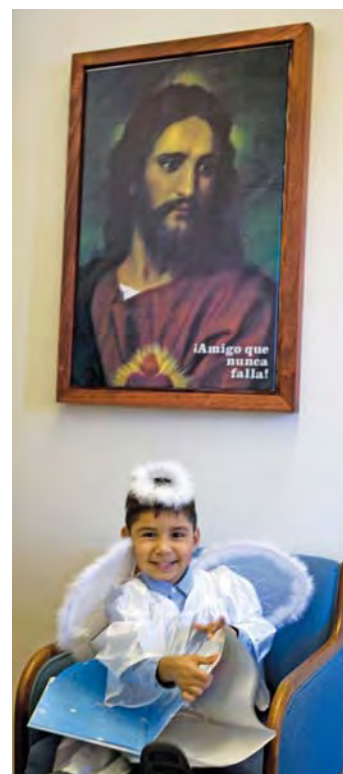
Los católicos, tanto jóvenes como adultos, se enfrentan con distintas decisiones cada día, algunas de ellas cruciales. Si partimos de un conocimiento escaso o erróneo de la fe o si no somos totalmente conscientes de lo que Jesús nos enseñó ni de la sabiduría que nos ofrece su Iglesia, se hace doblemente difícil tomar decisiones que lleven el Evangelio a nuestras vidas.

La educación en la fe comienza en la familia. Los padres son los primeros educadores de sus hijos. Mucho del esfuerzo de transmitir la fe a la generación venidera tiene como contexto la familia, el hogar, la "iglesia doméstica". A medida que los hijos crecen, la comunidad parroquial les ofrece apoyo educativo como así también una introducción a la comunidad de fe, particularmente como preparación para recibir los sacramentos. La experiencia de la mayoría de los creyentes católicos en lo que respecta a compartir el don de la fe con sus hijos incluye la transición a una escuela católica o a un programa de educación religiosa a nivel parroquial. Es por esa razón que dirigimos nuestra atención tan directamente a la eficacia de nuestros programas de educación religiosa y a la estabilidad y el futuro de nuestras escuelas católicas.

Sabemos que algunos padres eligen brindarles a sus hijos educación en el hogar. Este loable compromiso que implica tanta responsabilidad para los padres también involucra la vida de la parroquia y la participación de la Iglesia en los asuntos de la familia, particularmente en lo que se refiere a la preparación para recibir los sacramentos y el apoyo a los padres mediante orientaciones útiles para la educación religiosa y la disponibilidad de recursos adecuados para dicha educación. Aún en el caso de que la familia no elija el programa de educación religiosa de la parroquia o bien la escuela como medios para la educación de sus hijos, la familia sigue siendo una parte de la comunidad de fe: la parroquia. El párroco de la familia y las personas que colaboran en las correspondientes oficinas arquidiocesanas desean acompañar a los padres y sus hijos en el camino de la fe.

Es por esta razón que, como parte de la revisión general de la educación católica en sus diversas formas, la arquidiócesis pretende iniciar un diálogo con los padres que brindan a sus hijos formación académica y religiosa en el hogar, para evaluar con ellos la mejor forma de ayudarlos. A través de estas palabras el Santo Padre nos guía y nos brinda su aliento: "entre la familia cristiana, pequeña 'iglesia doméstica' y la gran familia de la Iglesia debe desarrollarse la colaboración más estrecha, ante todo en lo que atañe a la educación de los hijos". (cf. *Lumen Gentium*, 11) (*Discurso a los participantes de la Asamblea de la Diócesis de Roma, 2007*)

Este podría ser un momento oportuno para destacar que la Iglesia dispone de varios recursos para ayudarnos en nuestra tarea de evaluar la enseñanza de la fe y garantizar que la enseñanza misma sea congruente con la fe auténtica de la Iglesia. Nosotros somos los beneficiarios de una serie de recursos que nos brinda la Iglesia universal y de otros adaptados para la Iglesia en nuestro país. *El Catecismo de la Iglesia Católica*, junto con el *Directorio General para la Catequesis*, nos ofrecen lineamientos para toda la Iglesia, tanto en cuanto al contenido de la fe como a la manera en que debe transmitirse dicho mensaje. *El Directorio Nacional para la*



Catequesis y el recientemente publicado *Catecismo Católico para Adultos de los Estados Unidos* nos brindan pautas y recursos muy adecuados para enfocar nuestros esfuerzos catequéticos y enseñar la fe con eficacia, especialmente a las generaciones más jóvenes y, quizás, a aquellas personas que no han podido acceder a una catequesis adecuada y sostenida.

En la reciente asamblea de noviembre 2007 de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos se aprobaron dos documentos adicionales que también resultan sumamente útiles. El primero de ellos es *Elementos Doctrinales de un Marco Curricular para el Desarrollo de Materiales Catequéticos para Jóvenes en Edad de Escuela Secundaria (Doctrinal Elements of a Curriculum Framework for the Development of Catechetical Materials for Young People of High School Age)*. Tal como lo señala su introducción, “Además de brindar orientaciones sobre el contenido doctrinal de la instrucción catequética en el nivel de escuela secundaria, este marco curricular también está diseñado para ayudar a los jóvenes a desarrollar las habilidades necesarias para atender o responder a los interrogantes reales que enfrentan en su vida y en su fe católica”. El segundo documento es *Formación Catequética para promover la castidad (Formation in Chaste Living)*. En su introducción leemos: “Estas pautas también pueden ser útiles para ayudar a los padres/tutores, catequistas y maestros de escuelas católicas a desempeñarse en sus respectivos roles en esta crucial y delicada tarea”.

La Oficina Arquidiocesana de Educación Religiosa, que es parte del Secretariado para la Educación, ha comenzado a realizar visitas a las parroquias y las escuelas. El programa, titulado Proceso de Evaluación Catequética a través de visitas parroquiales (Parish Catechetical Visitation and Assessment Process), es el resultado de la sabiduría y la experiencia de párrocos, educadores religiosos de las parroquias, líderes de escuelas católicas y otras personas que pertenecen al nivel arquidiocesano. Ya se han realizado varias visitas como parte de un programa piloto y ahora contamos con material perfecciona-

do para ser utilizado de manera más amplia en las visitas del presente año académico. Las visitas a las parroquias y las evaluaciones continuarán con una frecuencia mayor.

Esencialmente, el programa tiene como objetivo general promover la planificación de la educación religiosa en las distintas parroquias y escuelas y respaldar las habilidades necesarias para llevar a cabo esta tarea de manera eficaz. El proceso de evaluación catequético se divide en cuatro pasos: una reunión inicial entre un representante de la Oficina de Educación Religiosa y el párroco y los principales líderes de catequesis de la parroquia; una auto evaluación en línea por parte de la parroquia respecto a sus esfuerzos catequéticos utilizando puntos de referencia del *Directorio Nacional para la Catequesis*; una revisión en el lugar de los datos y recomendaciones con los líderes de catequesis de la parroquia e información sobre las mejores prácticas por parte de la arquidiócesis.

Las visitas piloto se desarrollaron en varias parroquias e identificaron algunas necesidades claras para el futuro. Uno de los hallazgos iniciales fue la necesidad de comenzar una revisión de los lineamientos y los contenidos curriculares de nuestra educación religiosa. Si bien los lineamientos actuales delinean claramente el contenido de la fe que ha de enseñarse, es hora de mejorar los contenidos curriculares mediante el agregado de estándares de educación religiosa que indiquen exactamente lo que el alumno debiera conocer después de completar el curso de instrucción. Por ello, se están revisando actualmente propuestas enfocadas a establecer una forma de actualizar los lineamientos de los contenidos curriculares de religión para ser utilizados en parroquias y escuelas.

Otra necesidad identificada a través de las visitas piloto fue la de perfeccionar la formación y preparación de catequistas parroquiales y también desarrollar algunos materiales básicos nuevos para ayudar a los catequistas en su labor.



Generalidades sobre nuestras escuelas católicas



“En primer lugar, y sobre todo, cada institución educativa católica es un lugar para encontrar al Dios vivo, quien revela en Jesucristo la fuerza transformadora de su amor y su verdad”. (cf. Spe salvi, 4)

—Papa Benedicto XVI, Encuentro con Educadores Católicos en la Universidad Católica de América, 2008—

Nuestras escuelas católicas son un instrumento probado en la transmisión de la fe. Desde hace mucho tiempo reconocemos el rol de Santa Elizabeth Ann Seton, cuyos esfuerzos en Maryland a principios del siglo 19, con el respaldo del Obispo John Carroll, son vistos como el comienzo del sistema católico de escuelas de todo el país.

Misión de nuestras escuelas católicas

Históricamente la Iglesia ha dirigido su atención a las escuelas católicas para ayudarlas a llevar adelante su misión educativa. En 2005, la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos destacó: “Estas escuelas católicas ofrecen la mejor oportunidad para comprender el propósito de la educación cristiana, que se divide en cuatro aspectos, a saber: brindar

una atmósfera en la cual se proclame el mensaje del Evangelio y se experimente la comunión en Cristo, donde el servicio a nuestros hermanos y hermanas sea la norma y donde se cultive el agradecimiento y la adoración a nuestro Dios”.

(Renovación de nuestro compromiso con las escuelas católicas primarias y secundarias en el tercer milenio, 2005)

En un discurso del mes de junio de 2007, el Papa Benedicto XVI manifestó: “A las escuelas católicas corresponde una tarea muy importante en la educación en la fe. En efecto, cumplen su misión basándose en un proyecto educativo que pone en el centro el Evangelio y lo tiene como punto de referencia decisivo para la formación de la persona y para toda la propuesta cultural. Por tanto, las escuelas católicas deberían de promover la unidad entre la fe, la cultura y la vida, que es el objetivo fundamental de la educación cristiana” *(Discurso a los participantes de la Asamblea Diocesana de Roma, 2007)*.

Las escuelas católicas deberían de promover la unidad entre la fe, la cultura y la vida.



Quiénes somos: nuestras escuelas católicas

Las 98 escuelas católicas de la Arquidiócesis de Washington, incluidas 65 escuelas arquidiocesanas (63 primarias y dos secundarias) y escuelas administradas o patrocinadas por comunidades religiosas u otros grupos autorizados por la correspondiente autoridad eclesial, son tan diversas como las comunidades a las que sirven. Aproximadamente 30.000 alumnos provenientes de la ciudad, las áreas suburbanas, las comunidades rurales y el corazón de Washington DC llegan diariamente a nuestros cinco condados de Maryland. Algunas familias tienen una situación financiera holgada, otras son de clase media y otras viven en la pobreza. Algunos son católicos y otros no católicos. Algunos son nuevos en nuestro país y otros pueden rastrear su ascendencia a casi 400 años hasta llegar a los pobladores originales quienes en 1634 introdujeron nuestra fe en esta región del Nuevo Mundo y fundaron Maryland como un lugar de libertad religiosa.

Nuestras escuelas, donde más de 3.000 maestros brindan instrucción, están diseminadas geográficamente por toda la región. Hay 21 escuelas en el distrito de

Columbia, 36 en el condado de Montgomery, 24 en el condado de Prince George y 17 en la región sur de Maryland.

Estas escuelas son identificadas como católicas ya que siguen un programa de educación religiosa/formación en la fe aprobado por la arquidiócesis que garantiza la integración y la impregnación de la fe en el proceso educativo integral de la escuela. La identidad católica también se refleja en los programas del ministerio pastoral que nutren la formación y la espiritualidad personal de los alumnos para una experiencia de vida y un testimonio de vida cristiana.



Donde estamos hoy

En el Encuentro sobre Educación Católica que tuvo lugar en octubre de 2007 y al que asistieron párrocos, directores, líderes catequéticos, miembros de los consejos parroquiales y financieros y otros grupos consultores se llegó a varias conclusiones importantes. En primer lugar, se reconoció la necesidad de una visión integral y compartida de la educación católica en toda esta Iglesia arquidiocesana. En segundo lugar, se destacó la necesidad de desarrollar una estrategia para alcanzar esta visión. Además, hubo mutuo acuerdo en la necesidad de trabajar en conjunto para distribuir de manera equitativa la responsabilidad respecto de las escuelas católicas en toda la arquidiócesis. Las escuelas católicas son patrimonio de toda la arquidiócesis y, por ende, debieran recibir el respaldo de toda ella.

La necesidad de ocuparnos del futuro de las escuelas católicas no es exclusividad de nuestra arquidiócesis. A nivel nacional, aproximadamente 1.200 escuelas basadas en la fe cerraron sus puertas entre 2000 y 2006, desplazando a aproximadamente 400.000 alumnos, según datos obtenidos del Centro Nacional de Estadísticas en Educación. En muchos casos, esto ocurría mientras la población se trasladaba de las ciudades más antiguas del noreste hacia el sudoeste, de la ciudad hacia las áreas suburbanas o aún hacia zonas más retiradas. El Distrito de Columbia, por ejemplo, ha perdido aproximadamente 30 por ciento de su población desde 1950, incluido un 10 por ciento entre 2000 y 2005. Hoy en día el número de religiosos y religiosas que enseñan en las escuelas es muchísimo más bajo. El 96 por ciento de los maestros de las escuelas católicas de la arquidiócesis son laicos.

La Arquidiócesis de Washington intenta enfrentar estos desafíos y encontrar soluciones desde hace mucho tiempo. En 1997, se formó el Center City Consortium, bajo la dirección del Cardenal James Hickey, para estabilizar y revitalizar a las escuelas católicas de los vecindarios urbanos más necesitados de Washington DC. Durante los 11 años siguientes, la arquidiócesis y sus donantes invirtieron en estas escuelas más

de \$68 millones, por encima de los ingresos derivados de la matrícula.

El consorcio original comenzó con ocho escuelas en situación de emergencia tanto desde el punto de vista financiero como académico. Finalmente, fue ampliado hasta incluir un número de 14 escuelas entre 2002 y 2005, todo ello en un esfuerzo por evitar el cierre de otras escuelas en igual situación de emergencia. Dos escuelas se fusionaron durante el año académico 2006-2007.

Antes de comenzar la primavera de 2007, ya quedaba claro que el estrés provocado por esta rápida expansión, sumado a una baja en la matrícula en muchas escuelas, simplemente conducía a un declive financiero del Consorcio. Se hicieron consultas con más de 1.300 personas en 12 escuelas y sus parroquias. Finalmente, se logró aprobación para que siete escuelas pasaran a formar un grupo independiente de escuelas "charter" (escuela independiente establecida por convenio y subvencionada por el gobierno), para que la escuela Saint Augustine volviera a supervisión parroquial y para seguir invirtiendo recursos extras en otras cuatro escuelas organizadas bajo el nombre de Consortium of Catholic Academies. Todas estas escuelas brindan instrucción a alumnos de vecindarios de bajos recursos.

Actualmente, 21 escuelas católicas brindan servicios en el Distrito de Columbia, entre ellas, 12 escuelas primarias parroquiales. La mitad de las escuelas parroquiales brindan servicios a comunidades predominantemente no católicas y de bajos ingresos, con lo cual seguimos firmes en nuestra misión de brindar educación católica en el centro de la ciudad, ajustándonos a los recursos disponibles.

El Consortium of Catholic Academies se asegurará de que sus cuatro escuelas reciban los recursos necesarios que necesitan. Este año se tomó el compromiso de suministrar \$3 millones para financiamiento durante el año escolar 2008-2009. Esto incluye \$2 millones en concepto de contribuciones, donaciones y aportes de parte de donantes, particularmente aquellos que trabajan con el directorio del consorcio y \$1 millón de parte de la arquidiócesis. Los



Podemos estar orgullosos, en mi opinión, de la dimensión del esfuerzo, el alcance del logro y la profundidad del compromiso asumido.



maestros continuarán recibiendo beneficios importantes para desarrollo profesional y otros conceptos.

En otro intento por ampliar el espectro de colaboración para el fortalecimiento de las escuelas urbanas, la escuela Holy Redeemer School del Distrito funciona por segundo año como una Magnificat School. Esta asociación por cinco años con la arquidiócesis y la Universidad de Notre Dame deriva en beneficios tales como desarrollo profesional, asistencia técnica y otros tipos de respaldo.

Los Salesianos de Don Bosco y la arquidiócesis abrieron en el otoño 2007 la escuela secundaria Don Bosco Cristo Rey en Takoma Park, Maryland, para que alumnos de muy bajos ingresos pudieran acceder a una educación católica con preparación para la universidad a través de un programa creativo que combina estudio y trabajo. Además de sus estudios y actividades extracurriculares, los alumnos “comparten trabajo” en oficinas de empresas, acumulando así experiencia laboral y cubriendo una gran parte de sus costos educativos.

Entre otros modelos cabe mencionar a las escuelas regionales que brindan servicios a varias parroquias y dependen del apoyo de estas para funcionar, lo cual permite compartir costos y responsabilidades. Como ejemplos de estas escuelas, podemos citar las siguientes: Saint Pius X Regional School, en Bowie, y Archbishop Neale School, en LaPlata, como así también Mary of Nazareth School, una escuela con personalidad jurídica propia que sirve a múltiples parroquias en Darnestown.

A medida que avanzamos en esta breve revisión de los esfuerzos educativos católicos en toda la arquidiócesis y en particular, los esfuerzos realizados por la misma arquidiócesis, podemos estar orgullosos, en mi opinión, de la dimensión del esfuerzo, el alcance del logro y la profundidad del compromiso asumido. Lo que esperamos hacer durante este año académico es trabajar sobre la base de estos puntos positivos, concentrando nuestras energías, esfuerzos y actividades para asegurar, con vista al futuro, el fortalecimiento de nuestras escuelas católicas.

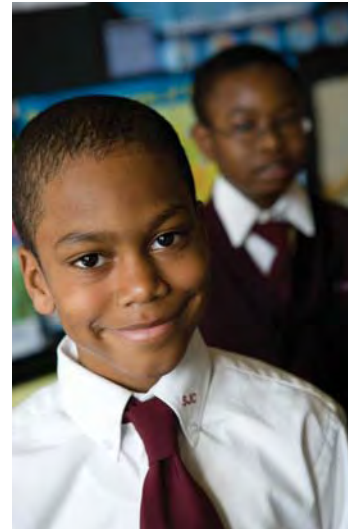


Los cuatro pilares de las escuelas católicas



“Las escuelas católicas existen... para brindar a nuestros niños una oportunidad no sólo para una educación excelente desde el punto de vista académico, sino también para ofrecerles una formación en la fe... que les servirá para el resto de sus vidas”.

—Arzobispo Wuerl, Encuentro sobre Educación Católica, 2007—



Del encuentro sobre Educación Católica de 2007 surge el compromiso de desarrollar una estrategia general para promover el fortalecimiento de las escuelas católicas y políticas que apoyen esa visión. Pueden identificarse cuatro áreas principales de atención, o “pilares”, de las escuelas católicas. Estas son las áreas generales sobre las que se debiera planificar y fijar objetivos:

1. **Identidad católica**
2. **Excelencia académica**
3. **Accesibilidad**
4. **Accesibilidad financiera**

Estas áreas se corresponden con aquellas identificadas en la declaración sobre educación de los obispos de los Estados Unidos: “Es responsabilidad de toda la comunidad católica -obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos- continuar con

nuestro esfuerzo hacia el objetivo de que nuestras escuelas católicas primarias y secundarias estén disponibles y sean accesibles, tanto geográficamente como financieramente, para todos los padres católicos y sus hijos, incluidas las familias pobres y de clase media. Todos los católicos deben aunar sus esfuerzos para garantizar que las escuelas católicas cuenten con administradores y maestros capacitados para brindar una experiencia educativa excepcional a nuestros jóvenes, una experiencia verdaderamente católica y de excelente calidad académica”.

(Renovación de nuestro compromiso con las escuelas católicas primarias y secundarias en el tercer milenio, 2005)

A partir del compromiso asumido en el encuentro, se estableció un grupo de trabajo para cada una de las cuatro áreas clave.



Cada grupo está organizado bajo la coordinación de un comité de supervisión. El trabajo preliminar que ya está en marcha contempla reunir la información necesaria que nos permita delinear los objetivos específicos y los tipos de políticas necesarias para el logro de dichos objetivos. Durante el presente año académico, los grupos de trabajo presentarán sus sugerencias respecto de las políticas a seguir en las cuatro áreas. Queda claro que este es un emprendimiento importante y que en cada etapa será necesario recurrir a la comunicación de información, consultas en toda la arquidiócesis, incluidas encuestas y consultas con grupos de enfoque, y un alto grado de colaboración. Las consultas iniciales, tanto con el Consejo Presbiteral como con el Consejo Pastoral Arquidiocesano, indican un fuerte respaldo para este proyecto.

Identidad católica

“En el corazón de nuestras escuelas católicas está nuestra fe católica”.

(Arzobispo Wuerl, Encuentro sobre Educación Católica, 2007)

Durante todo el debate preliminar sobre el tema de las escuelas católicas, surgió un hecho claro: nuestras escuelas son y deben ser católicas. Si bien están abiertas a alumnos de otras religiones, a quienes reciben con agrado, nuestras escuelas funcionan con una clara identidad católica. Estas escuelas le ofrecen al alumno formación moral y educación en la fe y, al mismo tiempo, se ocupan de brindarle una excelente educación académica. La identidad católica es una condición intrínseca en nuestro esfuerzo educativo y es la razón para su éxito. Nosotros llamamos a nuestras escuelas “católicas” no como un reconocimiento a su historia pasada sino como una proclamación de su objetivo y su identidad en la actualidad y de su conexión con la Iglesia, que certifica su identidad.

En todos los niveles, primario y secundario, las escuelas, con nuestro apoyo, deben continuar haciendo todo lo necesario para cumplir con el desafío de presentar una alternativa educativa arraigada e inspirada en la fe y conectada de manera manifiesta con la Iglesia arquidiocesana. Nuestro esfuerzo educativo se deriva de nuestra

convicción de que la fe católica nos invita a dialogar con Dios y nos ofrece un modo de vida basado en su palabra. Incluso en culturas que niegan la necesidad de este diálogo, existe un profundo anhelo en el corazón humano precisamente por esa conversación con Dios. Nuestro rol en la educación católica es ofrecer un marco de referencia para una vida que sea reflejo de las palabras de vida eterna.

Tal como se expresa en la declaración de los obispos de 2005: “Debemos proporcionar a los jóvenes un programa educativo y de formación en la fe académicamente estricto y doctrinalmente sólido, diseñado para fortalecer su unión con Cristo y su Iglesia. Toda la comunicación católica debe ahora centralizar sus esfuerzos en el futuro y en los múltiples desafíos que enfrentamos. Debemos entonces avanzar con fe, valentía y entusiasmo porque las escuelas católicas son muy importantes para nuestro futuro”.

Si bien nuestras escuelas son católicas y presentan una visión de vida inspirada por Jesús, muchos de los alumnos no son católicos. Asisten a ellas porque son buenas y funcionan. Los padres, tutores y alumnos reconocen las ventajas de una educación en un entorno católico, donde nuestra fe es la inspiración para una cultura escolar sana que alienta no sólo el logro académico sino también la autodisciplina, la integridad personal y los valores morales.

Las escuelas católicas se convierten en un don para toda la comunidad y son reconocidas como centros de aprendizaje que fomentan el crecimiento y el desarrollo personal enriquecidos con un sentido de realización personal y valor, bajo la guía de valores morales básicos y esenciales.

Nuestras escuelas se posicionan en la comunidad como un recordatorio de que la educación puede funcionar y efectivamente funciona; que es capaz de obtener lo mejor de nuestros alumnos, transformando sus posibilidades y su futuro.

Excelencia académica

“Nuestra responsabilidad es presentar el mensaje del Evangelio y un excelente programa educativo. La rendición de cuentas y la evaluación integral son, por lo tanto, esenciales para cumplir con esta responsabilidad”.

(Asociación Educativa Católica Nacional, Declaración sobre Rendición de cuentas y Evaluación en la Educación Católica, 2004)

Nuestras escuelas católicas gozan desde hace mucho tiempo de una excelente reputación por el logro académico de todos sus alumnos. Los estudios enfocados sobre nuestras escuelas del centro de la ciudad resaltan un nivel excepcional de desempeño académico que refleja la excelencia del componente educativo de nuestras escuelas. Tal como lo destacó la Asociación Educativa Católica Nacional (siglas en inglés, NCEA), los alumnos de escuelas primarias y secundarias católicas, en promedio, se desempeñan mejor que los alumnos de escuelas públicas. Ellas envían un porcentaje mayor de alumnos a la Universidad (97 por ciento) y un 99,1 por ciento de sus alumnos completa sus estudios secundarios (*NCEA, Informe Estadístico Anual sobre Escuelas, Inscripción y Personal*). En las pruebas de logro a nivel nacional, según surge de los datos de NCEA, los alumnos de escuelas católicas logran mejores calificaciones que los alumnos de escuelas públicas. Cabe destacar, como dato significativo, que estas estadísticas corresponden a alumnos de todos los sectores socioeconómicos.

Necesitamos asegurarnos de continuar mereciendo esa reputación. La excelencia debe seguir siendo un sello de la educación católica. Aunque debemos esforzarnos para mantener abiertas nuestras escuelas y para que los costos de educación sean lo suficientemente bajos como para alentar a los alumnos a que asistan, no debemos, por ello, permitir que nuestra instrucción académica baje su nivel en ningún aspecto. Es por esa razón que la Oficina de Escuelas Católicas de la arquidiócesis ha comenzado a implementar en nuestras escuelas contenidos curriculares basados en estándares.



Nuestros objetivos generales para la educación católica deben incluir el esfuerzo de desarrollar, mantener y manifestar un nivel verificable de excelencia académica. La Oficina de Escuelas Católicas de la Arquidiócesis juega un papel sustancial en este esfuerzo, junto con la dirección de cada una de las escuelas. Con esta visión de excelencia académica unida a una identidad católica profundamente arraigada, somos capaces de proporcionarles a nuestros alumnos la experiencia de la esperanza: esperanza en Cristo y en el futuro. De hecho, muchas de nuestras escuelas urbanas, en particular, son un oasis de esperanza en un desierto carente de respaldo intelectual, espiritual y personal.





Accesibilidad financiera

“El futuro de la educación en escuelas católicas depende del hecho de que toda la comunidad católica abrace con entusiasmo el concepto de corresponsabilidad con tiempo, talento y tesoro y traslade esa corresponsabilidad a acciones concretas”.

(Obispos de los Estados Unidos, Renovación de nuestro compromiso con las escuelas católicas primarias y secundarias en el tercer milenio, 2005)

El futuro de nuestras escuelas católicas depende de la capacidad de todos nosotros de trabajar juntos para cubrir costos cada vez mayores y asistir a las familias que hacen un gran sacrificio para dar a sus hijos una educación en la escuela católica. En general, las escuelas primarias de la arquidiócesis han tenido que aumentar las cuotas por servicios de instrucción en un seis por ciento anual, como promedio, desde el otoño 2002, en gran parte para solventar costos de educación más elevados. A pesar de estos aumentos, las cuotas aún sólo cubren 70 por ciento del costo de educación como promedio, a pesar de que este porcentaje varía según la escuela y, en algunos casos, es mucho menor.

Los fondos para mantener abiertas nuestras escuelas católicas provienen de los pagos de cuotas por servicios de instrucción y de los subsidios de las parroquias y la arquidiócesis, como así también de las recaudaciones que se logran en eventos que van desde la venta de tortas a fiestas, torneos de golf a convocatorias anuales para recaudar fondos. En el caso de algunas de las escuelas secundarias, los subsidios también provienen de la comunidad religiosa patrocinante.

El subsidio de la arquidiócesis proviene principalmente de dos fuentes: los fondos operativos anuales de la arquidiócesis (esto incluye el dinero recaudado mediante la Campaña del Arzobispo) y una contribución del dos por ciento que cada parroquia hace para educación. Recientemente, hemos recibido algunos aportes provenientes de los fondos recaudados por donaciones en la campaña Adelante en la Fe (Forward in Faith), destinados tanto para las escuelas católicas primarias como secundarias.

Accesibilidad

“Se alienta a la comunidad católica de todos los niveles a apoyar el trabajo de nuestras escuelas católicas primarias y secundarias para que pueda acceder a ellas el mayor número de padres posible”.

(Obispos de los Estados Unidos, Renovación de nuestro compromiso con las escuelas católicas primarias y secundarias en el tercer milenio, 2005).

Un objetivo de nuestra estrategia es garantizar la ubicación geográfica de las escuelas católicas en toda la extensión de la arquidiócesis, ajustándonos a los recursos disponibles, de modo tal que la mayor cantidad de alumnos católicos posible se encuentren a una distancia razonable de la escuela. El concepto de accesibilidad es importante ya que la distribución de fondos limitados para respaldar a las escuelas católicas debe contemplar la ubicación que deben tener las escuelas para que resulten accesibles a los alumnos. El número y la ubicación de las escuelas será un factor crítico cuando las parroquias encuentren necesario considerar la consolidación de las escuelas para lograr y mantener su estabilidad financiera.

En años anteriores, casi todo el dinero proveniente de la contribución del dos por ciento para educación fue destinado a cubrir los gastos de un número relativamente pequeño de parroquias con escuelas seriamente endeudadas. Este año, parte del dinero que hubiera sido usado para atender el déficit de las escuelas a fin de año fue adelantado a las parroquias para ser utilizado como respaldo del costo de educación y aumentar así el número de alumnos matriculados y por ende, finalmente, el rendimiento total de la escuela en razón del pago de cuotas.

La arquidiócesis está evaluando este nuevo enfoque de financiamiento a las escuelas que tienen necesidades financieras importantes para llevar adelante sus operaciones. Este enfoque de respaldo a los costos de educación, puesto a prueba en el verano de 2008, ha dado resultados iniciales positivos. El número de alumnos matriculados ha aumentado en varias escuelas; esto permite ayudar a las familias y al mismo tiempo reducir la necesidad de recurrir a subsidios operativos, ya que más alumnos contribuyen con los costos de educación a través de sus cuotas.

Además, estamos pidiendo la colaboración de donantes interesados en respaldar una ayuda de mayor alcance para costos de educación destinada a familias de toda la arquidiócesis, con la esperanza de incrementar los fondos disponibles para este nuevo programa. La combinación de estos dos programas, el programa regular de asistencia para costos de educación y este nuevo programa de incentivo, nos ha permitido contar este año con fondos disponibles que duplican los del año pasado, aproximadamente \$2 millones en comparación con \$800.000.

La arquidiócesis ha tomado otras medidas para que las escuelas puedan seguir siendo accesibles desde el punto de vista financiero. Esto incluye programas de ahorro de costos, tal como es el caso de la participación en una cooperativa de electricidad, programa que comenzó el año pasado en dos condados y le permitió a las parroquias y escuelas participantes ahorrar aproximadamente \$370.000. Estos ahorros podrían incrementarse significativamente a medida que se expanda el programa

establecido a través de un esfuerzo colaborativo del consorcio de escuelas católica de la región Mid-Atlantic Consortium, en el que participan seis diócesis.

Las familias, tanto de bajos ingresos como de clase media, trabajan duro para encontrar medios que les permitan ofrecerles a sus hijos una educación católica. A pesar de la asistencia que reciben, sus necesidades financieras subsisten. Es por eso que las asociaciones no sólo de la arquidiócesis con grupos privados para becas sino también con entidades públicas son tan importantes. Durante el año escolar 2007-08, las escuelas católicas de la Arquidiócesis de Washington les ahorraron a los gobiernos locales aproximadamente \$385 millones en gastos impositivos para las escuelas públicas.

Respaldo del gobierno a las familias

“El respaldo no es simplemente responsabilidad de los padres y maestros sino de todos los miembros de la comunidad católica. Como los primeros educadores de sus hijos, los padres tienen el derecho de elegir la escuela más adecuada para ellos.” (Obispos de los Estados Unidos, *Renovación de nuestro compromiso con las escuelas católicas primarias y secundarias en el tercer milenio*, 2005)

Cuando ponemos la mirada sobre la comunidad en general para buscar asociaciones que nos permitan respaldar a nuestras escuelas católicas, lo hacemos sabiendo que cada vez más vecinos reconocen el don extraordinario que la educación católica es para la comunidad. Con el constante incremento del número de alumnos no católicos que asiste a nuestras escuelas, queda claro que estas hacen una contribución inigualable a la comunidad. Aquí los alumnos desarrollan la autodisciplina y los valores morales que surgen del entorno basado en la fe de la escuela. Esas escuelas verdaderamente funcionan y se merecen el apoyo de toda la comunidad.

Lo justo sería que las familias que eligen las escuelas privadas se beneficien con el dinero que todos pagamos en impuestos para la educación de todos los niños. Para que sea una alternativa real, debe haber financiamiento. No se puede esperar que la Iglesia Católica por sí sola continúe pro-

Las familias, tanto de bajos ingresos como de clase media, trabajan duro para encontrar medios que les permitan ofrecerles a sus hijos una educación católica.

porcionando un sistema de escuelas que funcionan, que ofrecen una oportunidad real y que les brindan un futuro a sus alumnos.

En el Distrito de Columbia, un promotor programa piloto a nivel federal, denominado “Becas de Oportunidad Educativa del Distrito de Columbia”, está ayudando a llevar derechos de igualdad educativa a las familias de bajos ingresos de la ciudad. Las familias se ven beneficiadas con aportes que cubren sus costos de educación y con algunos aportes de hasta \$7.500. Para nuestras escuelas arquidiocesanas, el Programa de Oportunidad Educativa normalmente paga \$4.500 por cada alumno que califica para recibir asistencia financiera y se le otorga una beca.

La diferencia entre el monto del aporte y el costo real de la educación es pagada por la arquidiócesis y las escuelas católicas a las que asisten los niños. Si bien los estudios realizados muestran gran satisfacción de los padres y un elevado progreso académico, desafortunadamente el programa terminará al concluir el año escolar 2008-09, salvo que el Congreso de los Estados Unidos vuelva a autorizarlo.

El programa de Oportunidad Educativa es una parte importante del esfuerzo de tres sectores para llevar un nuevo aporte de dinero tanto a las escuelas públicas y “charter” de la ciudad como también a las escuelas privadas y parroquiales. Este programa le ofrece a las familias una alternativa. Sin estas becas, más de 85 por

ciento de los beneficiarios del año pasado hubiera tenido que asistir a escuelas públicas deficientes, tal como lo identifican los lineamientos de la “ley para que ningún niño se quede atrás” (“No Child Left Behind Act”). Sin embargo, seguimos firmes en la esperanza de que el mismo éxito del Programa de Oportunidad Educativa sea motivo suficiente para lograr su revalidación.

Las familias de Maryland pueden también tener esperanza. Existe una propuesta legislativa en Maryland para desarrollar un programa de descuento impositivo denominado BOAST, según sus siglas en inglés (“Nuevas Oportunidades para Todos los Alumnos y Maestros”). Esto daría lugar a un mayor nivel de asociación con el fin de respaldar la educación de la próxima generación de ciudadanos. El programa está diseñado para fortalecer la asociación entre las empresas de Maryland y las escuelas y se basa en una iniciativa sumamente exitosa puesta en marcha en Pennsylvania en 2001. Durante seis años, las empresas de Pennsylvania calificaron para descuentos impositivos al donar \$360 millones para becas que beneficiaron a aproximadamente 160.000 alumnos de todas las escuelas y financiaron miles de proyectos educativos públicos. Del mismo modo, las sociedades y las pequeñas empresas que hagan donaciones a organizaciones que apoyan a los alumnos y maestros de las escuelas públicas y no públicas de Maryland recibirían un descuento impositivo estadual significativo, ofreciéndoles a las escuelas de Maryland



una forma de recaudar más inversión de sus comunidades empresarias locales.

Las donaciones de las empresas proporcionarían asistencia financiera a las familias de bajos y medianos ingresos, a las que les resulta cada vez más difícil enviar a sus hijos a escuelas católicas u a otros tipos de escuelas no públicas. Asimismo, los fondos ayudarían a los maestros de todos los tipos de escuelas, ofreciéndoles mayores oportunidades para su desarrollo profesional.

En concordancia con nuestros esfuerzos arquidiocesanos, este otoño tendremos una declaración sobre educación emanada de la Conferencia Católica de Maryland, en la que participan la Arquidiócesis de Baltimore, la Diócesis de Wilmington y la Arquidiócesis de Washington, ya que las tres incluyen secciones de Maryland. La Conferencia Católica de Maryland es el brazo que representa los intereses de la Iglesia Católica en Maryland. Tiene la responsabilidad de llevar las inquietudes de la Iglesia, los intereses de los fieles católicos al debate público y al proceso legislativo del cual surge la política pública que nos concierne a todos.

La declaración de los obispos resaltarán la importancia de las escuelas católicas para toda la comunidad y pondrá de manifiesto las iniciativas específicas a través de las cuales el estado puede asociarse con nosotros en nuestros esfuerzos para mantener el valioso servicio que las escuelas católicas vienen proporcionando a generaciones de ciudadanos de Maryland. También incluirá información sobre la forma en que la comunidad católica de Maryland puede desempeñar un rol activo para la defensa de sus intereses en el seno legislativo con el fin de promover estas iniciativas.

La declaración de la Conferencia Católica de Maryland intentará buscar el compromiso de toda la comunidad en los esfuerzos por respaldar la política pública que cumplirá el sueño de tantos padres: poder elegir la educación de sus hijos.

Si trabajamos juntos, padres, parroquias, arquidiócesis y gobierno, podremos asegurarnos de que las escuelas sean accesibles, tanto desde el punto de vista geográfico como financiero, para la mayor cantidad de alumnos posible.

Próximos pasos a seguir por las escuelas

Lo que se expresa en esta carta a grandes rasgos -para las cuatro áreas de prioridad- da una idea de la labor que tenemos por delante este año académico. El objetivo de estas líneas no es intentar anticipar cuáles podrían ser las conclusiones de la tarea a desarrollar por los grupos de trabajo ni los resultados que podría arrojar el proceso de consultas. No obstante, mi propósito es manifestar que tenemos mucho por hacer, que hemos comenzado a evaluar cómo podríamos lograrlo y que es necesario que trabajemos juntos si esperamos ver un futuro brillante para nuestras escuelas.

Si bien aún falta mucho por decidir, podemos anticipar que el proceso podría desplegarse de la siguiente manera. Los cuatro grupos de trabajo ya están recolectando información. Con la colaboración de personas de toda la arquidiócesis, desarrollarán -tal como lo solicitaron los participantes del Encuentro 2007- las políticas y estrategias sugeridas para cada una de las áreas de interés.

Las recomendaciones iniciales serán sometidas a consulta. Esto comenzará con cuerpos consultivos tales como el Consejo Presbiteral, el Consejo Pastoral Arquidiocesano, la Junta de Educación Arquidiocesana y el Colegio de Consultores. Una vez que quede claro que determinada política específica tiene fuerte apoyo, se pasaría a un proceso de comunicaciones de mayor alcance, acompañado de un proceso consultivo más amplio a nivel parroquial. El objetivo es contar con algunas políticas avaladas mayoritariamente, listas para su implementación, de modo tal que podamos poner en práctica esta visión y estrategia antes del comienzo del año académico 2009-2010.

Cabe destacar lo expresado por los obispos de los Estados Unidos en el documento Renovación de nuestro compromiso con las escuelas católicas primarias y secundarias en el tercer milenio, 2005: "Toda la comunidad católica debe ahora concentrarse en el futuro y en los múltiples desafíos que enfrentamos".

Toda la comunidad católica debe ahora concentrarse en el futuro y en los múltiples desafíos que enfrentamos.

Debemos mantener
nuestra mirada en el
futuro de la educación
católica y hacer
nuestra labor con
esperanza, confianza
y entusiasmo.



CONCLUSIÓN

Esta invitación y llamado a ser los testigos de Cristo continúa haciendo eco en nuestros corazones a lo largo y a lo ancho de toda esta arquidiócesis. Este es un momento para que reconozcamos las oportunidades llenas de gracia que nos pertenecen. Tal como el Santo Padre nos manifestó en su homilía en Nationals Park, “La Iglesia en los Estados Unidos está llamada a mirar hacia el futuro”. Justo en el momento en que nos recordó que había venido “a América para confirmaros, queridos hermanos y hermanas, en la fe de los Apóstoles”, también agregó que vino “para proclamar de nuevo, como lo hizo San Pedro el día de Pentecostés, que Jesucristo es Señor y Mesías, resucitado de la muerte, sentado a la derecha del Padre en la gloria y constituido juez de vivos y muertos”. (cf. Hechos 2,14ss)

Este es el momento de un nuevo Pentecostés para la Iglesia en nuestro país y la Iglesia que es nuestra arquidiócesis. A medida que comencemos este nuevo año, nos ocuparemos de hacer una revisión y evaluación de los esfuerzos educativos tal como hemos dicho, concentrándonos en nuestros programas educativos parroquiales y nuestras escuelas católicas. Nuestro objetivo es participar en aquella efusión pentecostal de la gracia y el amor de Dios proporcionándoles a nuestros jóvenes una excelente educación y entendimiento de la fe de manera tal que se encuentren bien capacitados para vivir sus vidas como testigos de Cristo y el Evangelio.

Nosotros somos testigos. En la proclamación del mensaje de redención, nosotros tenemos las palabras de vida eterna. Somos un pueblo vivo en la gracia del Espíritu Santo y debemos estar motivados por nuestras ansias de compartir ese don extraordinario con la generación venidera.

Lo que marca el momento actual es una conciencia cada vez más profunda tanto de la importancia de lo que tenemos para decir -el mensaje- como del deseo de tantas personas de toda la arquidiócesis de trabajar en forma orga-



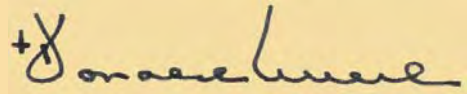
nizada para transmitir el mensaje. Debemos mantener nuestra mirada en el futuro de la educación católica y hacer nuestra labor con esperanza, confianza y entusiasmo, sabiendo que entregamos algo a quienes enseñamos que nadie más les puede entregar. Compartimos con ellos la historia de Jesús.

Podemos regocijarnos en los logros que se reflejan en nuestras parroquias y escuelas y, al mismo tiempo, poner todas nuestras energías para juntarnos y ver que lo que hacemos siempre puede mejorarse mediante una revisión cuidadosa y una evaluación a conciencia. En el proceso mismo debiéramos sentir que nos mantenemos firmes en nuestro deseo de ser verdaderamente sus testigos.

A medida que comenzamos este camino, lo hacemos con fe, reconociéndonos como familia de Dios y siendo concientes de nuestra necesidad de apoyo y colaboración mutua. También ofrecemos nuestra oración, pidiéndole a Dios el don del Espíritu Santo para que nos ilumine y nos sostenga, nos guíe y nos mantenga siempre alerta de las señales de su presencia en nosotros.

Que Dios bendiga los esfuerzos de todos ustedes para ser verdaderos testigos de su Hijo y nuestro Señor, Jesucristo

Fielmente en Cristo,

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and the name "Donald Williams".

Arzobispo de Washington

14 de septiembre de 2008
Exaltación de la Santa Cruz

Archdiocese of Washington
P.O. Box 29260
Washington, DC 20017-0260
301-853-4500
www.adw.org

Photo credits:

Archdiocese of Washington: Don Berkemeyer, Paul Feters, James Kegley; Catholic Standard/El Pregonero: Rafael Cristosomo, Michael Hoyt, Leslie Kossoff; Other: Bishop McNamara High School, Elizabeth Seton High School, Georgetown Preparatory School, Georgetown Visitation Preparatory School, Our Lady of Good Counsel High School (cover photo), St. Anselm's Abbey School, Stone Ridge School of the Sacred Heart

